



La Palabra revelada: Dios se revela a sí mismo en palabras y hechos

¿Qué es la revelación?

La palabra “revelación” proviene de dos términos latinos: el prefijo *re* y el verbo *velare*, y literalmente significa “quitar el velo”, “descubrir”. En sentido general, se usa para describir el acto de proporcionar información sobre algo ignorado o secreto. En sentido estricto, se habla de revelación en el ámbito religioso para indicar la comunicación que Dios hace a los hombres de cosas que no podrían llegar a conocer por sí mismos. En particular, se refiere a la comunicación que Dios hace a los hombres de su ser y plan salvífico.

El Concilio Vaticano I (1869–1870) reconoce dos tipos de revelación. La revelación natural¹ es aquella por la cual el

hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus creaturas, así como se puede conocer a un artista por sus obras; la revelación sobrenatural² es la que procede directamente de Dios, quien decide por su propia voluntad manifestar al ser humano el misterio de su persona y su plan salvífico para la humanidad. La Sagrada Escritura entra en la segunda categoría en cuanto revelación sobrenatural.

Con estas afirmaciones, el Vaticano I da una respuesta a los ataques del racionalismo, una corriente de pensamiento que había surgido a partir del siglo XVIII y que negaba la posibilidad de llegar a conocer a Dios, dudando incluso de su existencia.

¿Por qué ha querido Dios revelarse a los seres humanos?

Una vez asentado qué es la revelación, surge la pregunta de por qué Dios se nos revela. El Vaticano II nos ayuda a encontrar la respuesta recordándonos que Dios nos ama y se da a conocer para invitarnos a la comunicación con Él. En pocas palabras, nos abre totalmente su corazón y nos pide que hagamos lo mismo, con la finalidad de convertirnos en sus amigos.

¿Cómo responder al Dios que se revela?

En este contexto, podemos entender mejor cuál es el tipo de respuesta que Dios espera de nosotros al revelarse. No se trata de aceptar únicamente con la mente unas ideas abstractas, sino de una respuesta vital, la “obediencia de la fe” por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando ‘a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad’, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él” (DV, 5). La fe es mucho más que “creencia”: consiste en vivir en sintonía con la Palabra de Dios.

¿Cómo se revela Dios?

La forma en que el Vaticano II nos explica en qué consiste la revelación nos ayuda también a entender mejor la manera que Dios ha usado para comunicarse con los seres humanos. Dirigiéndose a los hombres como amigos, Dios ha utilizado los mismos instrumentos que los hombres usamos en la comunicación de unos con otros. Cuando una persona quiere conocer a alguien, lo hace escuchando sus palabras y observando sus acciones. Por esa misma razón, podemos entender que Dios se nos revela por medio de sus palabras y acciones, y que ambas están íntimamente unidas entre sí. Las palabras sirven para proclamar las obras y explicar su significado y las obras ponen de manifiesto y confirman el significado de las palabras. Aquí un ejemplo podría ser útil: un joven que le asegura a una muchacha que la ama, pero no le es fiel, estaría mintiendo, porque lo que dice no se corresponde con lo que hace. Cuando le es fiel, sin embargo, sus acciones sí están en sintonía con sus palabras, y entonces las dos se refuerzan y explican mutuamente. De la misma manera, a lo largo de la historia, Dios mostró a Israel su amor fiel por medio de sus obras y palabras.

El encuentro de Dios con el hombre se realiza por medio de la historia, de los hechos, acontecimientos y acciones que son explicados después por la palabra. Por ejemplo, cuando Dios ofrece a Israel su alianza, para decirle quién es Él (revelarse), Dios no usa ideas abstractas y complicadas, sino que les recuerda lo que acaba de hacer por ellos, librándolos de la esclavitud de Egipto (cf. Ex 20,2).

Aunque Dios ha actuado en la historia y se ha revelado en ella, la historia humana que nos presenta la Biblia no es reveladora por sí misma, sino cuando la Palabra la acompaña y revela su significado. Un buen ejemplo de esto es cuando Jesús lava los pies de los discípulos en la Última Cena: Jesús actúa

primero y luego explica el significado de lo que ha hecho (cf. Jn 13,12–17).

Aunque Dios se reveló de una vez para siempre en un período concreto de la historia humana, comenzando con Abraham y culminando con Jesucristo, su revelación va dirigida a todos los seres humanos de cualquier época histórica. La revelación de Dios a Abraham fue revelación también para Isaías y su tiempo, para san Pablo y su tiempo, para san Agustín, para san Bernardo, etcétera, y para nosotros. Por esa razón, para que la revelación llegara a todas las generaciones, era necesaria que una la pasara a la otra. El proceso por el cual una generación pasa la revelación a otra podemos llamarla “Transmisión” y al resultado o contenido de esa revelación transmitida de generación en generación es lo que llamamos “Tradición”³. Más adelante hablaremos de su importancia.

La Palabra de Dios

¿En qué sentido decimos que la Biblia es la “Palabra de Dios”?

Hemos dicho que Dios se revela por medio de la Palabra, pero ¿cuál es esa Palabra? ¿Cuál es el lenguaje propio de Dios?

Recordemos que Dios no es un ser humano, por tanto, su lenguaje “nativo” no está formado por sonidos, sílabas o palabras como el nuestro.

El Evangelio según san Juan viene en nuestra ayuda: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios” (Jn 1,1). Por lo tanto, la Palabra que Dios ha pronunciado es su Hijo. Con esta Palabra nos ha dicho todo. El Hijo, Palabra de Dios ha iniciado su diálogo con los seres humanos con la creación, lo ha continuado en su encuentro con los personajes del Antiguo Testamento y lo ha culminado en la Encarnación en el seno de la Virgen María.

Podríamos definir la revelación en cuanto palabra como la amorosa comunicación de Dios y su misterio al hombre para hacerle partícipe de la salvación.

No llamamos “Palabra de Dios” a la Biblia porque creemos que ha salido tal cual de su boca (como si hubiera sido dictada palabra por palabra) sino porque creemos que en ella se conserva fielmente la revelación que Dios hace de sí mismo al hombre.

La analogía de la Palabra

Cuando usamos el término “palabra” aplicado a Dios, lo hacemos de forma analógica para indicar la comunicación que nos viene de Dios.

El término “análogo/a” viene de *analogía* y sirve para indicar una relación de semejanza entre cosas distintas. Cuando usamos un razonamiento analógico, buscamos entender una realidad desconocida partiendo de los elementos que ya conocemos. Un buen ejemplo es el del dispositivo usado para controlar la computadora y que llamamos “ratón” por analogía morfológica (semejanza de forma) con el roedor que conocemos.

La analogía es un instrumento útil, pero tiene sus limitaciones. Nos permite llegar al conocimiento de un objeto desconocido partiendo de otro conocido, pero los objetos conectados por la analogía solo son semejantes en relación con ciertos aspectos, permaneciendo distintos en relación con otros.

Con el término “palabra” describimos la comunicación de Dios al hombre porque nosotros nos comunicamos por medio de palabras, es decir, la palabra es una realidad humana que conocemos y nos sirve de puente para conocer la realidad de la comunicación divina.

Haciendo esto ponemos de manifiesto que la forma de comunicarse de Dios tiene algunos elementos en común con la palabra humana, pero es fundamental tener siempre en cuenta

que son más grandes y profundas las diferencias que existen entre las dos que las mismas semejanzas. El lenguaje humano es, ciertamente, capaz de expresar las realidades divinas, pero no logra nunca aferrarlas completamente⁴ porque la Palabra divina no se identifica completamente con las palabras humanas, que son su vehículo. Podemos por eso decir que la Sagrada Escritura es testimonio de la revelación, pero no la revelación misma.

¿Cuáles son las características de la palabra humana que nos ayudan a conocer la “palabra” divina?

Podemos dividir las características específicas de la palabra humana según dos parámetros:

Su *especificidad* (lo que la hace ser lo que es, su esencia), y su *contenido* (lo que comunica).

De acuerdo con su *especificidad*, la palabra humana:

a. Nace de la experiencia: El lenguaje nació de la necesidad de los seres humanos de comunicarse entre ellos para organizar la vida en sociedad. No hay palabra que no nazca de la experiencia humana, sea esta física, espiritual, psicológica, etc. Incluso los términos que se refieren a los conceptos más abstractos tienen su origen en algún tipo de experiencia (por ejemplo, los números y los conceptos filosóficos).

De igual manera, podemos ver que la Palabra de Dios, como revelación, nace de la experiencia. La Biblia no ha sido escrita como una obra de pura ficción o análisis teórico, sino que vino a la luz a raíz de acontecimientos concretos sumergidos en la experiencia de personas concretas. Los autores de los libros bíblicos no los escribieron como un ejercicio de reflexión abstracta. De la experiencia de ver a Jerusalén invadida y saqueada por los babilonios brotaron las siguientes palabras: “Miré a la tierra, y he aquí que era un caos; a los cielos, y faltaba su luz. 24 Miré a los montes, y estaban temblando, y todos los cerros

trepidaban. 25 Miré, y he aquí que no había un alma, y todas las aves del cielo se habían volado. 26 Miré, y he aquí que el vergel era yermo, y todas las ciudades estaban arrasadas delante de Yahveh y del ardor de su ira” (Jer 4,23–26).

Por otro lado, la palabra no solo nació de una experiencia en el pasado, sino que además sigue adquiriendo nuevos sentidos para nosotros a través de nuestras experiencias presentes. Podemos decir que la Biblia es palabra viva escrita en el pasado y vivificada constantemente por la experiencia del presente. Es decir que la experiencia del presente nos hace verla con nuevos ojos.

b. Es creadora: La palabra, unida con otras palabras, crea nuevos sentidos y matices. Por un lado, las mismas palabras pueden unirse en modos diversos y producir sentidos, ideas y mundos conceptuales diversos. Podríamos tomar todas las palabras del Quijote y ordenarlas de forma diversa para producir una obra literaria completamente distinta. Por otro lado, las palabras también crean resonancias diversas cuando llegan a los oídos y corazones de las personas, provocando respuestas diversas. La palabra crea la historia; pensemos en las consecuencias de las palabras de los educadores, de los padres o de los líderes de una nación. ¡Cuántas veces las palabras han provocado una guerra o construido alianzas, destruidos familias y pueblos o inculcado amor y armonía!

La Palabra divina es la palabra creadora por antonomasia. Dios inició la historia creando el universo por medio de la Palabra (cf. Gn 1); más tarde creó el pueblo de Israel, formándolo como nación y reino. La Palabra crea la *ekklesia* (Iglesia, comunidad) cristiana. La Palabra de Dios es como la lluvia y la nieve, que no volverán a Él sin que haya realizado aquello para lo que la envió (cf. Is 55,10–11).

c. Es una realidad orgánica: Tiene vida o sentido pleno solo cuando está en relación con otras palabras, como un órgano en el cuerpo. No es lo mismo decir “Pedro” que “Pedro corre”, o que “Pedro corre a la iglesia”. Es más, aun cuando una palabra esté sola, para que sea viva (tenga sentido cumplido) tiene que estar al menos implícitamente conectada con otras.

De igual manera, la Palabra divina no nos llega en sonidos sin sentido, sino en frases y enunciaciones reveladoras. No se puede ni se debe leer las palabras individualmente o sacadas de su contexto y conexión con las otras. Todas juntas nos permiten entender el mensaje, la revelación completa que Dios hace de sí mismo y de su plan de salvación.

d. Es una realidad social: La Palabra existe por la necesidad de comunicar con los demás. Los seres humanos existimos en sociedad, nos perfeccionamos y ejercemos dominio sobre la tierra en sociedad. El medio natural de coexistencia social es el lenguaje, el diálogo, la palabra. Si no tuviéramos la necesidad de comunicarnos entre nosotros, nos bastarían nuestros propios pensamientos.

En Dios mismo también la palabra es una realidad social que exige la existencia de un “yo” y un “tú” que se involucran en un diálogo. Dios es uno, pero en Él hay *tres personas*, que se comunican desde toda la eternidad. Dios creó a los seres humanos a su imagen y semejanza⁵ y, por lo mismo, los hizo *sociales*.

Si la Palabra de Dios es orgánica y estructurada, se debe a su carácter social, pues está destinada para una comunidad, no solo para sujetos individuales (profetas, sabios, videntes, evangelistas, etc.), que han sido solo los mediadores y portadores de la revelación divina. Se trata de una revelación de la sociedad trinitaria a la sociedad humana, hecha a imagen y semejanza de la divina.

De acuerdo con su contenido, la palabra puede ser: